

que en holocausto sobre una montaña misteriosa. El anciano, con una fé inalterable en la sabiduría y en la bondad de Dios, levanta la mano sobre su hijo único muy amado, y oye estas otras palabras mas enérgicas y mas claras que las primeras: *Por mí mismo he jurado: Por cuanto has hecho esta accion, y no has perdonado á tu hijo único por amor de mí: Te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena que está en la orilla de la mar: tu posteridad poseerá las puertas de sus enemigos, Y en tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, porque has obedecido á mi voz.* (1) El juramento se junta á la fuerza de la promesa, y aquí está indicado mas claramente que la bendicion que incluye la idea del Mesias, se estenderá sobre el género humano todo entero, no por Abraham mismo, sino por su posteridad.

Isac, hijo de Abraham, oye la misma promesa y la misma profecía; ellas son repetidas á Jacob, hijo de Isac. Las tres primeras generaciones hebraicas, confirmadas así en la esperanza del Mesias, se ramifican en doce patriarcas, padres ellos mismos de doce tribus, y Jacob, proximo á morir, los reúne en derredor de su lecho para cerrar la primera edad mesiánica por una profecía solemne que resume las precedentes, dándoles una nueva precision. Teniendo, pues, cerca de sí á sus doce hijos, anuncia á cada uno de ellos por algunos rasgos característicos, el papel que hará en el por venir. Llegando á Judá, le dice estas memorables palabras: *Judá te loarán tus hermanos: tu mano sobre las cervices de tus enemigos, te adorarán los hijos de tu padre. Judá cachorro de leon: á la presa subiste, hijo mio: te echaste para reposar como leon y como leona, quién lo despertará? No será quitado el cetro de Judá, ni caudillo de su muslo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y él será la esperanza de las naciones.* (2) Así es designada la rama en que ha de nacer el Mesias, en el momento en que se

(1) Génesis, Cap. 22, vers. 16, 17, 18.

(2) Génesis cap. 49, vers. 8, 9, 10.

subdivide la herencia patriarcal en doce ramas, ella será la de Judá, y el dia predestinado de la aparicion de aquel, está marcado con un signo que la posteridad reconocerá facilmente.

La sangre de Abraham, de Isac y de Jacob es en lo de adelante fecunda; se multiplica en una tierra que le ha dado hospitalidad, y llegando á ser bien pronto un objeto de temor y de zelos, pasa del destierro á la servidumbre, á fin de hacer en la tribulacion un aprendizaje necesario á sus altos destinos. Se cree perderla y se le fortifica; Israel es un pueblo. Moises lo saca del Egipto y lo lleva, atravesando el desierto, al pie del Sinai, de donde bajan las leyes que deben gobernarlo. Seguid, Señores, seguid esa marcha grave de tan gran pueblo; en la niñez habeis visto sus maravillas; miradlas de nuevo en la edad madura. De campamento en campamento, Israel llega á las margenes del Jordan, á las fronteras de ese territorio habitado por sus primeros antepasados y cuya posesion se habia prometido á su posteridad. Encuentra á todo un pueblo sobre las armas esperando á los aventureros que han despojado el Egipto, y cuya marcha ha resonado desde el desierto hasta las colinas de la Judea. Moab ha ordenado sus batallones, erigido sus altares, convocado á sus gefes; Israel está de pie con sus mugeres, sus niños, sus soldados, sus levitas, teniendo cubierto con pieles de animales el tabernáculo del Dios que acaba de hablarle en el Sinai: un hombre del Oriente se presenta entre los dos pueblos. *De Arám me ha traído Balac Rey de los Moabitas, de los montes del Oriente: Ven, dijo, y maldice á Jacob: date priesa, y detesta á Israel. Cómo maldeciré yo, á quien Dios no maldijo? Cómo detestaré, á quien el Señor no detesta? Desde lo alto de los peñascos vérolohe, y desde los collados contemplárolohe. Este pueblo morará solo, y no será contado entre las gentes. ; Quién podrá contar el polvo de Jacob, ni saber la cuenta de la estirpe de Israel? Muera mi ánima de muerte de justos, y mis postrimerías sean semejantes á las de estos.* (1) Estas bendiciones impre-

(1) Números, cap. 23, vers. 7, 8, 9, 10.

vistas espantan á Moab; se conjura al profeta para que cambien de language; si no quiere maldecir, se le conjura para que, á lo menos, no bendiga. Tres veces Balaam abre la boca, tres veces bendice al pueblo conquistador que tiene á su vista, y en fin, la profecía del Mesias se escapa de sus labios como á su pesar: *Vérlohe mas no ahora: mirárlohe, mas no de cerca. De Jacob nacerá una Estrella, y de Israel se levantará una vara: y herirá á los Caudillos de Moab, y destruirá á todos los hijos de Seth. Ay! quien vivirá, cuando Dios hará estas cosas? Vendrán en galeras desde Italia, vencerán á los Assyrios, y destruirán á los Hebreos, y por último ellos tambien perecerán.* (1)

Observad, Señores, no se trata de saber si Balaam era ó no profeta, sino solamente de hacer constar el curso de la idea del Mesias en la vida monumental del pueblo judío. Vosotros veis que esta idea adquiere aquí un nuevo desarrollo; no es ya un patriarca israelita el que anuncia la venida del Mesias y el establecimiento de su reinado sobre todos los hijos de Seth, es decir de Adam, es un extranjero. Y él designa las circunstancias de su venida con una perspicacia bien estraña, pues que llega hasta á indicar la dominacion de los romanos sobre el Oriente y sobre el pueblo judío, como la señal precursora de la aparicion del Mesias.

David y Salomon marcan el punto mas elevado de la monarquía hebraica, y entonces comienzan esos himnos nacionales y religiosos conocidos con el nombre de salmos. Cantados en el templo de Jerusalem en los dias de grandes solemnidades, espresaban de una manera pública las afecciones, las esperanzas y los deseos de toda la nacion. Pues bien, es fácil reconocer en ellos la idea del Mesias, haciéndose notar como un pensamiento dominante en el alma del poeta y del pueblo. Leyéndolos encontrareis pasages tales como este: *Acordásehan, y convertirsehan al Señor todos los términos de la tierra: Y adorarán en su presencia todas las familias de*

(1) Números, cap. 24, vers. 17, 23 y 24.

las gentes. Por cuanto del Señor es el reino: y él mismo se enseñoreará de las gentes. Comieron y le adoraron todos los poderosos de la tierra: delante de él se postrarán todos los que descienden á la tierra. (1)

Mas tarde aun, al aproximarse la decadencia y la cautividad, setecientos años antes de Jesucristo, la idea del Redentor toma en Isaias una claridad y una abundancia de espresiones que no es fácil referir, porque seria necesario citaros páginas enteras que os fatigarian por su número y su estension. Isaias ve salir al Mesias de la raza de Jesé, padre de David, y describe á la vez, como si estuviese en el Calvario y en el Vaticano, el esplendor de los sufrimientos y de los triunfos de Jesucristo. *Levántate, levántate, vístete de tu fortaleza, Sion, vístete de los vestidos de tu gloria, Jerusalem, Ciudad del Santo: porque no pasará por tí de aqui adelante incircunciso ni impuro!* (2). *Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que anuncia y predica la paz; del que anuncia la buena nueva, y predica la salud, del que dice á Sion: Reinará tu Dios!* (3). *Preparó el Señor su santo brazo viéndolo todas las gentes: y todos los términos de la tierra verán el Salvador que nos envía nuestro Dios.* (4). *Mira que mi siervo será lleno de inteligencia, ensalzado y engrandecido será, y sublimado en grande manera. Como muchos se pasaron sobre tí, así será sin gloria su aspecto entre varones, y su figura entre los hijos de los hombres. Este expiará muchas gentes, sobre él cerrarán los Reyes su boca: porque le vieron aquellos á quienes no se contó de él, y los que no lo oyeron, le contemplaron.* (5) É inmediatamente despues comienza Isaias la descripción de los dolores y de las ignominias del Calvario, y acaba en doce versos consecutivos. Despues pro-

(1) Salmo 21, vers. 28, 29, 30.

(2) Isaias, cap. 52, ver. 1.

(3) Ibid, ver. 7.

(4) Ibid, ver. 10.

(5) Ibid, cap. 52, vers. 13, 14, 15.

sigue, sin detenerse, sus cantos de triunfo: *Porque reinará en tí el que te crió, el Señor de los ejércitos es el nombre de él: y tu Redentor el Santo de Israel, será llamado el Dios de toda la tierra.* (1)

Mas en Babilonia, durante la cautividad, seiscientos años antes de Jesucristo, es en donde la idea del Mesias ha sido revestida de una forma que llega hasta la claridad y precision matemáticas. Será preciso recordaros la profecía de Daniel? Escuchadla pues: *Se han abreviado setenta semanas sobre tu Pueblo, y sobre tu santa Ciudad, para que fenezca la prevaricacion, y tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad, y sea traída justicia perdurable, y tenga cumplimiento la vision y la profecía, y sea ungido el Santo de los Santos. Sabe pues, y nota atentamente: Desde la salida de la palabra, para que Jerusalem sea otra vez edificada, hasta Christo Príncipe, serán siete semanas, y sesenta y dos semanas: y de nuevo será edificada la plaza, y los muros en tiempos de angustia. Y despues de sesenta y dos semanas será muerto el Christo: y no será mas suyo el Pueblo que le negará. Y un Pueblo con un Caudillo que vendrá, destruirá la Ciudad, y el Santuario: y su fin estrago, y despues del fin de la guerra vendrá la desolacion decretada. Y afirmará su alianza con muchos en una semana: y en medio de esta semana cesará la hostia y el sacrificio: y será en el Templo la abominacion de la desolacion: y durará la desolacion hasta la consumacion y el fin.* (2)

No me detengo, Señores, en hacer resaltar los rasgos de este discurso, que parece menos una vision del por venir, que una narracion de lo pasado. El curso de las cosas me arrebató y me lleva á oír al pie del segundo templo, quinientos años antes de Jesucristo, estas palabras del profeta Agéo: *Porque esto dice el Señor de los ejércitos: Aun falta un poco, y yo conmoveré el Cielo, y la tierra, y la mar, y todo el universo. Y moveré todas las gentes: y vendrá el Deseado de todas*

(1) Isaias, cap. 54, ver. 5.

(2) Daniel, cap. 9, vers. 24, 25, 26, 27.

las gentes: y henchiré esta casa de gloria, dice el Señor de los exercitos. . . . Grande será la gloria de esta última casa, mas que la de la primera, dice el Señor de los exercitos: y en este lugar daré yo la paz, dice el Señor de los exercitos. (1)

Que consecuencia, Señores, en el transcurso de tantos siglos y de tantos sucesos! Que uniformidad en una misma idea de parte de tantos hombres separados por los tiempos! Mas la idea del Mesias no está únicamente contenida en la tradicion particular del pueblo judío; ha pasado el Jordan, el Eufrates, el Indo, el Mediterraneo, todos los Oceanos, y llevada sobre las alas invisibles de la Providencia, ha penetrado en los pueblos mas diversos y mas remotos para crear allí una esperanza uniforme y un recuerdo universal. Confucio, á la estremidad oriental del Asia, hablaba de un Santo que era, decia, el *verdadero Santo*, y que debia venir al Occidente. Virgilio, poniendo en verso los oráculos de la Sibila de Cumas, anunciaba en el siglo de Augusto la venida de un niño, hijo de Júpiter, destinado á desterrar del mundo los vestigios de la iniquidad, y á dar principio á un orden tan grande como nuevo. Tacito, hablando del reinado de Vespasiano, se expresaba asi: "Se habia difundido la persuacion de que, segun los antiguos escritos sacerdotales, en aquella misma época, el Oriente debia prevalecer, y de que hombres salidos de la Judea debian apoderarse del gobierno de las cosas." Los racionalistas del siglo diez y ocho, estrechados por la evidencia, han confesado frecuentemente esa unanimidad de la esperanza del Mesias. Voltaire ha dicho: "Habia, de tiempo inmemorial, una máxima entre los indios y los chinos, que el sabio saldría del Occidente. La Europa, por el contrario, decia que el sabio vendria del Oriente." (2) Volney dice: "Las tradiciones sagradas y mitológicas de los tiempos anteriores, habian divulgado en toda el Asia la creencia de un gran mediador

(1) Agéo, cap. 2, vers. 7, 8 y 10.

(2) Adiciones á la Historia General, página 15.

que debía venir, de un juez final, de un Salvador futuro, rey, Dios, conquistador y legislador, que volvería á traer el siglo de oro á la tierra, y libraría á los hombres del imperio del mal." (1) Boulanger, bajo una forma todavía mas general, confiesa que todos los pueblos habían tenido *una esperanza de esa especie*, y añade esta frase admirable de un lenguaje oriental, *el polo de la esperanza de todas las naciones*. (2) Son las palabras mismas de Jacob en su lecho de muerte.

Es pues cierto, Señores, que la idea del Mesías ha sido el alma del pueblo judío durante el curso de los dos mil años que han precedido á Jesucristo, habiéndose estendido esta idea entre todos los pueblos del mundo con tal unanimidad, que no es posible atribuirle á las comunicaciones de los hebreos con los gentiles, sino que es indispensable suponer una difusión de ella anterior aun al mismo Abraham. Y esta idea del Mesías, tan extraordinaria en su universalidad, en su progreso, en su perseverancia y en su precisión, ha tenido por fin su verificativo? Si, ella se ha realizado: el Dios único y Criador, proclamado en los libros santos de los hebreos, ha llegado á ser el Dios de casi toda la tierra, y las naciones mismas que no lo han aceptado todavía, le rinden homenaje por medio de cierto número de adoradores que la Providencia elige en medio de ellas. Y quién ha ejecutado esta increíble revolución? Un solo hombre, Jesucristo. Y de donde era Jesucristo? Era judío, de la tribu de Judá, de la casa de David. Y cómo ha ejecutado esa extraordinaria revolución social y religiosa? Sufriendo y muriendo, como David, Isaías, y Daniel lo habían anunciado.

Decidme ahora, Señores, os ruego, qué pensais de esto? He aquí dos hechos paralelos y que se corresponden, los dos ciertos, los dos de una proporción colosal, el uno que ha dura-

(1) Las Ruinas, página 228.

(2) Investigaciones sobre el origen del despotismo oriental, sección 10.

do dos mil años antes de Jesucristo, el otro que dura hace mil ochocientos después de Jesucristo, el uno que anuncia una revolución considerable é imposible de prever, el otro que es el cumplimiento de ella, teniendo ambos á Jesucristo por principio, por término, por punto de reunión. Repito, Señores, qué pensais de esto? Tomareis el partido de negar? Pero qué es lo que negareis? Será la existencia de la idea del Mesías? Mas ella se encuentra en el pueblo judío que está vivo, en toda la serie de los monumentos de su historia, en las tradiciones universales del género humano, en las terminantes confesiones de la mas grande incredulidad. Será la anterioridad de los por menores proféticos? Mas el pueblo judío, que ha crucificado á Jesucristo, y que tiene un interés nacional y mundano en arrebatarse las pruebas de su divinidad, os afirma que sus Escrituras eran antiguamente lo que son el día de hoy; y para mayor seguridad, doscientos cincuenta años antes de Jesucristo, en tiempo del rey de Egipto Tolomeo--Filadelfo, traducido al griego por su orden todo el antiguo testamento, cayó en manos del mundo griego, del mundo romano, de todo el mundo civilizado. Os volveréis por ventura hácia el otro polo de la cuestión, y negareis el verificativo de la idea del Mesías? Pero la Iglesia católica, hija de esa idea, está á vuestra vista, ella os ha bautizado. Será en el punto de encuentro de estos dos formidables acontecimientos donde buscareis vuestro punto de apoyo? Negareis que Jesucristo haya realizado en su persona la idea del Mesías, que sea judío, de la tribu de Judá, de la casa de David, y el fundador de la Iglesia católica sobre la doble ruina de la Sinagoga y de la Idolatría? Mas las dos partes interesadas, enemigas irreconciliables, convienen en todo esto. El judío dice: sí; el cristiano dice: sí. Direis que esa coincidencia de acontecimientos colosales, cuyo punto preciso fué Jesucristo, es efecto de la casualidad? Mas la casualidad, si es que la hay, no es sino un accidente breve y fortuito; su definición excluye la idea de perpetuidad; no hay acaso de dos mil años y de mil ochocientos años sobre dos mil. Direis en fin que es el resultado de una larga cons-

piracion, por la que el pueblo judío, ambicioso y teólogo, ha procurado crearse en el mundo una grande existencia? Que! una conspiracion de dos mil años, fundada sobre un gefe que sesenta generaciones deberán esperar, y que será necesario crearlo despues de haberlo tan pacientemente esperado! Ah! cuanto trabajo cuesta conspirar en favor de un hombre vivo! pues que será conspirar en favor de un hombre que no existe, y que se supone deber nacer en una época indeterminada! Y notad que habiendo venido este hombre, los judios lo han crucificado, sin duda para que el suplicio hiciera parte de la conspiracion. Advertid tambien que ellos lo han negado despues del suplicio como lo habian hecho antes, sin duda para asegurar el suceso final de la conspiracion y todo el exito de ambicion y de teología que se habian propuesto anticipadamente.

Sres., cuando Dios trabaja, inútil es trabajar contra él. Las proporciones de Jesucristo en los tiempos que le han precedido son mas sorprendentes aun, que las proporciones todas divinas da su vida y de su supervivencia. Porque en fin, cuando se vive, se tiene un poder, se tiene una accion, es posible concebir que ciertas circunstancias han favorecido á un hombre de un ingenio raro, y le han dado sobre sus contemporaneos un inmenso ascendiente. Aun despues de la muerte, quedan amigos, discípulos, la memoria de una vida que ha sido real, y por consecuencia un medio sobreviviente de accion. Pero sobre lo que nos ha precedido, sobre lo pasado qué poder tenemos? Quién de nosotros, por eminente que sea, puede crearse un antepasado? Quién de nosotros, queriendo establecer una doctrina, se creará una vanguardia de generaciones fieles ya á una palabra que no tenia existencia todavia? Quién de nosotros presentará al mundo los antecedentes de su doctrina, si no es verdaderamente hijo de una doctrina anterior á él? Ah! lo pasado es una tierra cerrada; lo pasado no es ni aun lugar en que Dios pueda obrar, á no ser que lo haya preparado obrando en él de ante mano. Si Jesucristo hubiera sido

como uno de nosotros, caido sin una preexistencia providencial entre lo pasado y lo futuro, en vano habria pedido á la historia concluida y cerrada, un pedestal que lo sostubiese por espacio de veinte siglos atras de su propia cuna. En lugar de esto, Abraham, Isac, Jacob, David, Isaías, Jeremias, Ezéquiél, Daniel, un pueblo todo entero, el género humano mismo vienen á reconocerlo y saludarlo en los brazos del anciano Simeon, esclamando á nombre de todo lo pasado, del cual es el último representante: *Ahora, Señor, segun tu palabra dejas morir en paz á tu siervo: Porque vieron mis ojos tu Salvador, Que preparaste ante la faz de todos los pueblos: Lumbre para revelacion de los Gentes, y para gloria de tu pueblo Israel.* (1)

En suma Sres.; Jesucristo es el móvil de lo pasado tanto como del por venir, el alma de los tiempos anteriores á él, y el alma de los tiempos posteriores á él. Aparece á nuestra vista en sus antepasados, apoyado sobre el pueblo judío, que es el mas grande monumento social y religioso de los tiempos antiguos, y en su posteridad, apoyado sobre la Iglesia católica, que es la mas grande obra social y religiosa de los tiempos modernos. Aparece á nuestra vista, teniendo en su mano izquierda el Antiguo Testamento, el libro mas grande de los tiempos que le han precedido, y teniendo en su mano derecha el Evangelio, el libro mas grande de los tiempos que le han seguido. Y no obstante, asi precedido y seguido asi, es aun mas grande en sí mismo que sus antepasados y que su posteridad, que los patriarcas y los profetas, que los apóstoles y los mártires. Sostenido por todo lo que hay de mas ilustre antes y despues de él, su fisonomia personal se desprende de este fondo sublime, y nos descubre, sobrepujando lo que parecia superior á todo, al Dios que no tiene modelo y que no tiene igual. Por lo que, á la vista de esa triple muestra de la divinidad, antes, ahora y despues, en los antepasados, en la posteridad y en el tiempo mismo de la vida, elevémonos, Sres., hácia Dios, elevémonos to-

(1) S. Lucas, Cap. 2, vers. 29, 30, 31, 32.

dos juntos, cualesquiera que seamos, creyentes y no creyentes. Elevémonos los creyentes, con el respeto, la admiracion, la fé, el amor para con un Dios que se ha manifestado á nosotros con tanta evidencia, y que nos ha escojido entre los hombres para hacernos depositarios de la luz espléndida de la verdad! Y los no creyentes elevénse, elevénse tambien, pero con temor y con ansiedad, como hombres que son muy pequeños con todo su poder y su raciocinio, delante de hechos que llenan todos los siglos y que están proclamando el imperio y la majestad de Dios.

CONFERENCIA

CUADRAGÉSIMA SEGUNDA.

DE LOS ESFUERZOS DEL RACIONALISMO PARA ANIQUILAR LA VIDA DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Señores.—Jesucristo ha vivido como Dios, se ha sobrevivido como Dios, se ha preexistido como Dios; se ha preexistido en el pueblo judío, ha espresado su vida en el Evangelio, y este triple anillo de su manifestacion ha dado á su divinidad el dominio del universo. Una vez que el género humano ha tenido plena conciencia de ella, se ha sentido como abrumado por esta demostracion, y desde Teodosio hasta Luis XIV, en el espacio de mil trescientos años, ha parecido imposible la discusion contra Jesucristo, en el sentido á lo menos, de que todo el mundo lo ha sufrido ó aceptado como fundamento. Mas, pasado este tiempo, el racionalismo que habia sido destronado por Jesucristo, ha tratado de recobrar el

imperio que habia perdido; ha creido que habiendo los siglos cubierto con sus olas todo ese formidable edificio, se presentarian algunos azares en favor de la duda y de la negacion, y que se podian pedir al siglo diez y ocho de la era cristiana, represalias felices y nuevos juicios contra una doctrina que él reputa envejecida. El racionalismo se ha vuelto á encontrar así al frente de Jesucristo que se halla colocado entre la Iglesia católica y el pueblo judío, como entre el ala derecha y el ala izquierda de la verdad, y una triple guerra se ha urdido, para arruinar la obra cuya edificacion se perfeccionó antiguamente, á despecho de los impotentes esfuerzos que se han querido renovar. Se ha pintado al pueblo judío como una raza vil, innoble, odiosa, indigna de todo crédito y de todo respeto; á la Iglesia católica como un instrumento de miseria para el pueblo, de servidumbre para los entendimientos, de sujecion para las naciones y los reyes; yo, Sres., he defendido á la Iglesia ante vosotros por espacio de muchos años; ayer he descrito la verdadera fisonomía del pueblo judío, no insistiré ni sobre la una, ni sobre la otra de estas discusiones. Jesucristo me llama al corazon del combate, cuyo centro y gefe es él mismo. En el fondo, el pueblo judío se componia de hombres, la Iglesia católica se compone de ellos tambien; y por grandes que sean los hombres no están exentos, aun llevando en su corazon el Espíritu de Dios, de algun defecto y de alguna debilidad: no sucede así con Jesucristo. Personaje milagroso por su perfeccion, no sufre tal como lo muestra el Evangelio, ninguna duda humana, y si permanece sobre este pedestal sin tacha, en vano el racionalismo arrojará á derecha y á izquierda sus tiros perdidos; Jesucristo, impasible en el centro de la verdad católica, la protegerá toda entera con su inmutable divinidad. Era pues necesario destruir á Jesucristo, ya sea aniquilando su vida, ya sea desnaturalizándola, ya á lo menos explicándola. Esto es lo que se ha intentado, Sres., y la exposicion de esta triple tentativa será la que termine nuestras conferencias del presente